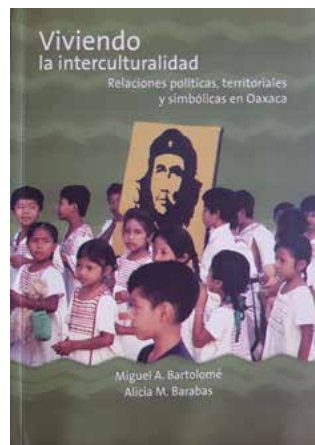


# RESEÑAS

## ELOGIO DE UNA ANTROPOLOGÍA COMPROMETIDA

**Gustavo Lins Ribeiro**

Universidad Autónoma Metropolitana – Universidad de Brasilia  
gustavo.lins.ribeiro@gmail.com



**Miguel A. Bartolomé y Alicia M. Barabas**

2016 *Viviendo la interculturalidad. Relaciones políticas, territoriales y simbólicas en Oaxaca*. INAH, Secretaría de Cultura, México, 411 pp.

El nuevo libro de Miguel A. Bartolomé y Alicia M. Barabas es otra gran contribución a la literatura antropológica que demuestra y confirma la trayectoria ejemplar de dos antropólogos que han aportado una de las obras más importantes e influyentes en América Latina, con una producción constante y de alto nivel a lo largo de cinco décadas. El libro ilustra perfectamente la excelencia del trabajo y la sofisticada perspectiva política de estos dos colegas que son un modelo para muchos de nosotros. Una vez más se revela claramente la complejidad del pensamiento antropológico y la erudición antropológica de Bartolomé y Barabas.

*Viviendo la interculturalidad* es también una lección de cómo la buena antropología, al mismo tiempo que se inspira y se reproduce en los clásicos y en los debates contemporáneos, mantiene la defensa de los pueblos indígenas y de las minorías desposeídas. Una postura que no está exenta del impulso de la compasión –algo que es válido, en la medida en que nos solidarizamos con las pérdidas y con los dolores impuestos a los pueblos indígenas por la violencia de la expansión capitalista; por supuesto, la compasión no es la única fuerza que mueve a la antropología, si lo fuera, nuestra práctica se aproximaría más a la de la religión que a la academia. Considero que la defensa antropológica de los pueblos originarios se hace, primero, por un compromiso con los

derechos humanos; después por una empatía y convicción universalista, propias de la disciplina; y, por último, por la conciencia de que estos grupos humanos son portadores de otros significados y experiencias de vida que nos hacen –a nosotros, sus contemporáneos– más ricos y más capaces de entender nuestros propios dilemas y destinos. Reconocemos en los pueblos indígenas nuestra humanidad compartida y su derecho de ser diferentes porque nosotros también queremos este derecho y sabemos que es fundamental para la convivencia, para la posibilidad de vivir juntos. La fuerza de esta comprensión aparece claramente en el libro que presenta, por ejemplo, la habilidad indígena, nunca romantizada, de lidiar con el medio ambiente en contraste con las destrucciones masivas que la expansión del capitalismo ha promovido en América Latina.

El tema de la biopiratería, por ejemplo, es central cuando se trata de considerar históricamente los asaltos a los territorios indígenas. En uno de los capítulos del libro, Alicia Barabas (2016:89) nos muestra que “7,000 de las medicinas más usadas en el mundo” provienen “de conocimientos botánicos y de plantas de los pueblos indígenas”. Imagínense ustedes si se cobrara regalías a la industria farmacéutica mundial por todo este conocimiento robado. A la biopiratería convendría agregar lo que yo llamé ideopiratería. Occidente debe a los pueblos indígenas de las Américas ideales como el comunismo, basados en visiones utópicas del buen salvaje sudamericano con sus sociedades sin Estado. Debe también, según ciertos abordajes historiográficos revisionistas, aportes cruciales para la práctica democrática y federativa de la primera república moderna, los Estados Unidos, inspirados en concepciones y prácticas existentes en la Confederación Iroquesa.

Algo igualmente admirable en este y otros libros de Alicia Barabas y Miguel Bartolomé es su estilo y el uso que hacen de la literatura. Tienen la elegancia de los autores antropológicos que, al mismo tiempo que son rigurosos con los cánones de su disciplina, saben escribir para otros profesionales y para otros públicos. *Viviendo la interculturalidad*, una vez más, es la prueba de esta calidad. Entran en debates y temas importantes para la antropología, como los usos y abusos del término “comunidad”, la definición de las unidades de análisis, nuestros propios límites teóricos e ideológicos, el uso del pasado para entender el presente y del presente para entender el pasado, o la relación de los seres humanos con el medio ambiente. Al mismo tiempo que lo hacen, poseen la calidad poco común en las ciencias sociales de escribir claramente. Se apoyan también en un conocimiento arqueológico y lingüístico que pocos antropólogos pueden exhibir.

Asimismo, es difícil ser defensores de los pueblos originarios sin entrar en polémicas, y Barabas y Bartolomé muestran cómo hacerlo con fundamento en la mejor etnografía y en el mejor conocimiento antropológico disponible. No se rinden a modismos, al contrario, echan mano de un eclecticismo altamente productivo. Aquí se destaca el dominio de los clásicos, como por ejemplo *Las formas elementales de la vida religiosa* (1912), de Émile Durkheim. Pero también vemos la importancia heurística de textos contemporáneos de autores oaxaqueños, de otros estados mexicanos, de otros países latinoamericanos y de otras partes del mundo. Como antropólogo brasileño quedo particularmente feliz con las apropiaciones que los autores hacen de la obra de Darcy Ribeiro y de Roberto Cardoso de Oliveira, por ejemplo.

Quiero subrayar el uso que Alicia Barabas y Miguel Bartolomé hacen de la historia y de la arqueología. Mesoamérica, esta entidad mítica para el pensamiento antropológico, sólo puede ser bien pensada si ponemos juntas la larguísima duración, la larga duración y la contemporaneidad etnográfica. Este esfuerzo evita errores e ilumina fuertemente lo que se quiere comprender. Es un movimiento presente en todo el libro y, al mismo tiempo que nos impresiona por la erudición de los autores, nos lleva a una comprensión compleja del México profundo. Vamos del cuerpo humano, a las relaciones con el medio ambiente, a los etnoterritorios, a los nahuales, a los partidos políticos, a la

comunalidad, al desarrollo, a la política, a las cuevas sagradas, al etnocidio y a mucho más, como si fuera natural hacer estos movimientos en capítulos de 30 páginas que tocan temas tan complejos como el multiculturalismo, interculturalidad y pluralismo, y la diversidad étnica, cultural, biológica y jurídica.

Hay un tema importante que incomoda a Barabas y Bartolomé: la invisibilidad del conocimiento antropológico. ¿Será que es tan invisible? Creo que tenemos que considerar la antropología como parte de un amplio y contradictorio campo político. Nuestro impacto sobre este campo político puede darse de muchas maneras, sea por la militancia individual o colectiva (a través de asociaciones científicas o profesionales, por ejemplo); sea por la difusión de interpretaciones y conocimientos críticos, y no me refiero solamente a las necesarias denuncias que tenemos siempre que hacer en contra de la violencia racista, sexista y homofóbica, me refiero también a la producción de retóricas, discursos, ideologías de administración de sistemas interétnicos y de convivencia con grupos diferenciados, que no existirían sin la contribución histórica de los antropólogos –que también, hay que recordarlo, es un grupo políticamente diferenciado. Sin querer exagerar nuestro poder como investigadores, académicos e intelectuales, soy de los que creen que sin la crítica antropológica muchos dramas humanos estarían en peores condiciones o serían totalmente invisibles.

En esta corta y atípica reseña, es imposible para mí no considerar los últimos capítulos del libro que tratan sobre la represa Cerro de Oro, pues me permite hablar rápidamente, en consonancia con lo que he escrito en el párrafo anterior, de la importancia de las redes antropológicas que actúan en distintas partes del mundo en la cuestión del impacto de los grandes proyectos de construcción civil sobre las poblaciones locales. Disculpen la referencia autobiográfica, pero fueron las represas las que me han unido al trabajo de Alicia y Miguel, quienes con el pasar del tiempo se transformaron en excelentes amigos y compañeros de profesión. En los mediados de la década de 1980, yo hacía investigación de campo para mi tesis de doctorado sobre la economía política relativa a la construcción de la represa argentino-paraguaya de Yacyretá, sobre el río Paraná. Leopoldo Bartolomé, el hermano de Miguel, era responsable de los estudios antropológicos de la relocalización forzada de la población afectada por la represa. Leopoldo fue mi mejor colega y amigo en Argentina en aquél entonces. Él me abrió las puertas de la Entidad Binacional Yacyretá, propietaria del proyecto, para que yo pudiera hacer el trabajo de campo en la obra y en las oficinas de la compañía. Por medio de Leopoldo conocí a Miguel y Alicia, quienes trabajaban con los graves problemas de relocalización causados por la presa oaxaqueña Cerro de Oro. Pasamos a ser parte de una red de antropólogos latinoamericanos y estadounidenses que incluían, además de los hermanos Bartolomé y de Alicia Barabas, a colegas como Juan Carlos Radoovich (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires), Scott Robinson (Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa), Anthony Oliver-Smith (Universidad de Florida), Michael Cernea, Sandy Davis y Scott Guggenheim (Banco Mundial), Alaka Wali (Field Museum, Chicago) y varios otros. En una coyuntura en que la influencia del movimiento ambientalista internacional aumentaba, fue fundamental la participación de los antropólogos en defensa de los derechos de las poblaciones locales impactadas por los llamados “proyectos de desarrollo”. Trabajos como los de Alicia Barabas y Miguel Bartolomé siguen siendo estratégicos para conocer e intervenir en estos violentos procesos de destrucción que continúan devastando a las comunidades indígenas y a otras en todo el mundo.

El libro *Viviendo la interculturalidad. Relaciones políticas, territoriales y simbólicas en Oaxaca* nos hace pensar en la suerte de poder contar con una pareja de antropólogos que tienen la seriedad, la honestidad académica y el compromiso con los pueblos indígenas como Miguel Bartolomé y Alicia Barabas.